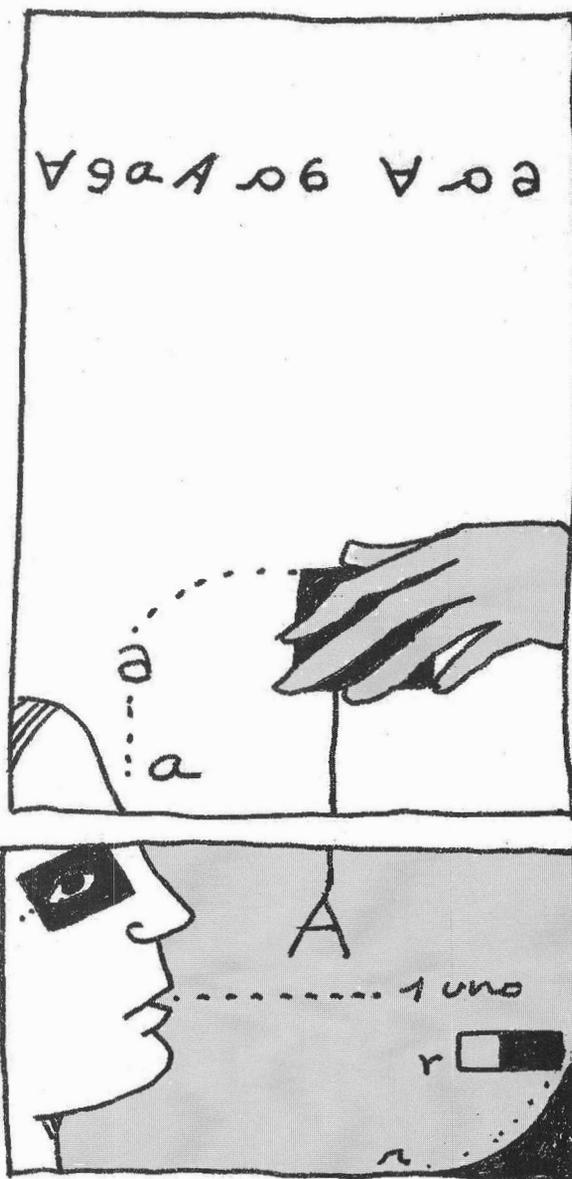


Responsabilidad del arte y el artista en la sociedad del conocimiento



▼ Gustavo Arango Soto*

* El abogado Gustavo Arango Soto es magíster en Filosofía con énfasis en Ética y aspirante a doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Es profesor titular del Centro de Humanidades de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la UPB y tiene experiencia docente en los temas de Lenguaje del arte, Historia de las sociedades, Historia del contexto y Hermenéutica del arte. Es autor del libro «Arte y ética en la vida y obra de Vincent van Gogh» y coautor del texto «Condición de ciudadanía, una conversación sobre la ciudad que nos toca».

Responsabilidad del arte y el artista en la sociedad del conocimiento

Gustavo Arango Soto

Para abordar este tema adecuadamente es preciso conocer, al menos en una forma básica, qué cosa es una sociedad del conocimiento, y luego qué es el arte, quién lo hace, para qué y para quién, y cómo juega un papel en ese tipo de nueva sociedad que está determinada por la economía. Primero hay que especificar qué es la sociedad del conocimiento, término que lanza Peter Drucker en su obra *La sociedad post-capitalista*, en el año de 1974, en el cual plantea que el elemento fundamental para generar riqueza es el conocimiento, elemento que se ha vuelto fundamental en un tipo de sociedad que maneja un mayor volumen de información y un mayor acceso a ella, que en cualquier otro momento de la historia. Lo anterior significa que el saber es un recurso «natural y renovable» que puede y debe ser objeto de atención primordial por parte de los Estados, que ya no pueden, por lo tanto, considerar la educación como un medio a través del cual se preparan personas para que ocupen diversas

funciones en un aparato productivo, sino que se plantea que esa educación es un fin en sí misma, porque ese conocimiento acumulado es precisamente lo que va a generar un nuevo tipo de empresa, una nueva economía y, en general, un nuevo tipo de sociedad.

Estos planteamientos están dados a partir del momento en el cual aparece en la sociedad contemporánea una serie de factores que antes o no existían, o si ya estaban presentes era sólo en estado embrionario, esos factores principales son, en primer lugar, la globalización de la economía y la cultura, lo que llamaba Drucker el *Global shopping Center*, que se genera por un crecimiento muy elevado del intercambio comercial y cultural entre la mayor parte de las naciones, tanto desarrolladas como en vías de desarrollo, lo que a su vez se posibilitó por una tecnología de los transportes que permite colocar en cualquier punto del planeta, en un tiempo muy corto,

productos provenientes de cualquier origen. Esa tecnología del transporte incluye el crecimiento de las flotas mercantes en volumen, tecnología de navegación y capacidad de carga; una adecuación de los puertos que se vuelven más ágiles y logran ingresar y sacar mayores volúmenes de carga en menor tiempo y más ordenadamente; en segundo lugar se amplía notablemente la red de carreteras y el parque automotor de carga, con mayor capacidad, velocidad y eficiencia; se amplían en volumen y velocidad las líneas férreas, haciendo énfasis en los trenes de alta velocidad, principalmente en Europa, el Oriente y los Estados Unidos y, finalmente, se debe tener en cuenta el auge en transporte aéreo, gracias a una reposición de equipos, un mayor acceso a este tipo de transporte por un mayor número de personas, a más destinos, con aeropuertos y vías aéreas más seguras y eficientes.

Ahora bien, lo anterior tiene que ver con el transporte físico de objetos y personas, no obstante lo cual el mundo contemporáneo ha dado un salto cualitativo notable en lo que respecta al transporte de la comunicación y de la información, a través de las redes tradicionales como la telefonía que amplía su cobertura a niveles no sospechados siquiera por los investigadores de hace tan poco tiempo como medio siglo atrás, sobre todo por el paso de la telefonía tradicional a la telefonía satelital y celular, que permiten ubicar a cualquier persona en cualquier parte del mundo y establecer enlaces que hace apenas una generación resultaban poco menos que de ciencia ficción.

En ese sentido, a la sociedad del conocimiento, como concepto, hay que adicionarle el de sociedad de la información y las telecomunicaciones, que a su vez estaría permeada completamente por lo que podríamos llamar sociedades de red, que vislumbrarían a futuro un mundo interconectado por el uso masivo y cotidiano de los computadores y la Internet de alta velocidad, lo cual permite

incrementar el flujo de la información a niveles sin precedentes en la historia. En este punto, sin embargo, hay que aclarar que una cosa es información y otra distinta es el conocimiento, pues la primera es un elemento que contribuye a la creación del segundo, pero información por sí misma no implica conocimiento.

A todo lo anterior hay que agregarle que aparece una nueva economía que no se basa en la transformación de materias primas en productos terminados, que es lo típico de la sociedad

industrial cuando se hace a gran escala y de forma racional (cadena de producción continua), sino que la información y el conocimiento y, sobre todo, su circulación, divulgación y «consumo», propician la creación de un nuevo tipo de empresa, siendo un ejemplo de ésta lo que en su momento se llamó las *Empresas punto com*. Lo anterior genera un nuevo tipo de riqueza, no fabril, no contaminante,

que no necesita mano de obra con educación básica y bajos salarios y condiciones de vida, sino que nos pone a la puerta de la extinción de la clase obrera, al menos como se le consideró en la teoría política y económica de fines del siglo XIX y casitodo el XX y que aún opera en amplios sectores del planeta, sobre todo en los países con bajo nivel de desarrollo.

Aquí nos tropezamos entonces con un problema fundamental que debe ser tenido en cuenta y es el que surge de la desigualdad entre los países en su desarrollo económico, que está ligado en buena parte a la posibilidad de desarrollo cultural en general. Hay una enorme brecha económica y tecnológica entre el primer y el tercer mundo y todo ese *Shopping Center* globalizado, que parecía una panacea, pues llevaría a todas partes desarrollo que se autocontrolaría por sí mismo, en una propuesta de que el mercado que surge de la globalización se ordena y controla por las mismas leyes de la economía, generando bienestar y progreso para todos, ha demostrado ser un



elemento que concentra la riqueza y expande la pobreza. El concepto, en lo económico, sería el «Triunfo de la Nueva Economía», bautizado así por Michael J. Mandel en diciembre de 1996 en la Revista Business Week. La realidad cruda y dura es que, tras algunas décadas de globalización, y a un poco más de diez años del planteamiento del señor Mandel, la riqueza y las posibilidades de educación y desarrollo cultural se concentran cada vez más en el primer mundo, mientras los países no desarrollados se hunden en la pobreza y la anarquía.

Lo anterior es clave en esta serie de consideraciones porque tanto la sociedad de la información como la sociedad del conocimiento requieren como base un alto desarrollo, no solo de la economía sino de la educación. Aparece en escena un nuevo tipo de «obrero», que tiene no sólo educación básica primaria y secundaria, sino también educación que necesariamente debe llegar por lo menos a niveles de las tecnologías, que plantean la creación de nuevos centros de educación superior, capaces de superar el esquema de las carreras clásicas, para brindarles a las nuevas generaciones unos nuevos espacios de formación y un tipo de puesto de trabajo completamente diferente de los que fueron el modelo de la sociedad industrial. Estamos por tanto en el umbral de una sociedad que también podríamos llamar postindustrial, y es que la misma proliferación de denominaciones para todo aquello que está ocurriendo, implica una cierta confusión respecto a cuáles son los elementos de desarrollo en los que se debe hacer énfasis, en momentos en los cuales el salto tecnológico es tan acelerado que no da tiempo de asimilar un nuevo factor de progreso cuando ya está surgiendo uno nuevo.

Volviendo a la diferencia de capacidad entre el primer mundo y el resto de naciones no desarrolladas, nos encontraríamos con la posibilidad de un nuevo colonialismo de tipo tecnológico, de la información y del conocimiento, en el cual un pequeño grupo de sociedades es el que inventa y desarrolla los nuevos aspectos de la

economía y la cultura, mientras la gran mayoría simplemente absorbe aquello que le quieren informar y le permiten conocer. Estas sociedades pequeñas y pobres no solamente están en incapacidad de confrontar abierta y justamente con las naciones desarrolladas, sino que ni siquiera tienen posibilidades de hacer valer sus derechos frente a los grupos transnacionales que conformarían una nueva dimensión del desarrollo que sería, a un mediano plazo, la desaparición del Estado-nación y su sustitución por grandes conglomerados cuya meta es la utilidad económica como prioridad absoluta y podrían actuar (quizá ya lo hacen) como depredadores de la diversidad cultural si ello conviene a sus fines económicos, cosa que pueden lograr, pues dominan todos los medios de comunicación, tanto escritos como los de otra índole, por ejemplo la radio, la televisión y la Internet. (Las 53.000 empresas multinacionales y sus 415.000 subsidiarias organizan, en estos momentos, el 25% del producto bruto mundial en términos de producción, representan más o menos un 75% del comercio internacional, incluyendo un 40% del comercio mundial que se realiza al interior de firmas y de sus empresas subsidiarias. Manuel Castells, Conferencia pronunciada en el Salón de Ciento del ayuntamiento de Barcelona, el 21 de febrero de 2000, en el acto de clausura del Máster «La ciudad: políticas, proyectos y gestión» (<http://www.fbg.ub.es>) organizado por la Universidad de Barcelona y dirigido por Jordi Borja).

Ya en los 90, en lo que se llamó el Consenso de Washington: *What Washington Means by Policy Reform*, formulado por John Williamson en noviembre de 1989, y destinado al Institute for International Economics, buscaba soluciones aplicables por organismos financieros internacionales que pudieran permitirle a la América Latina superar la brecha que la separaba de los Estados Unidos. Ya hoy sabemos que todas las medidas que se aplicaron fueron un fracaso rotundo y solo tuvieron como consecuencia el aumento de la pobreza y un menor acceso a educación calificada por las mayorías de la

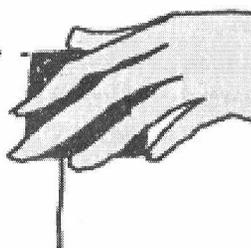
población. Nos estaríamos entonces acercando a un nuevo tipo de imperialismo que se sumaría al económico y al político y que es el imperialismo cultural; o tal vez sería mejor decir que no nos estamos acercando sino que ya estamos en medio del mismo y con muy escasas probabilidades de salir de él, al menos para nosotros en América Latina y más específicamente en Colombia.

La comunidad internacional, sin embargo, no se resigna a que las cosas se vean para siempre de esta manera y se plantea la posibilidad (Ginebra, 2003, Cumbre de la Sociedad de la Información) de que cada persona pudiera llegar a tener acceso a la información y al conocimiento, pudiendo utilizarlos libremente en su desarrollo personal, lo cual redundaría en el desarrollo de las sociedades a las cuales están integradas estas personas. Esto sería un desarrollo de la carta de la ONU, y uno de sus organismos, la Unesco, también interviene en el desarrollo de esas políticas; en un informe presentado en el 2005 por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, expuesto por Françoise Rivière, subdirectora general, se hacían las siguientes apreciaciones:

«Los cambios radicales provocados por la tercera revolución industrial –la de las nuevas tecnologías– han creado de hecho una nueva dinámica, porque desde mediados del siglo XX la formación de las personas y los grupos, así como los adelantos científicos y técnicos y las expresiones culturales, están en constante evolución, sobre todo hacia una interdependencia cada vez mayor. Hay que admitir que esto último es un elemento positivo. Por ejemplo ¿Se puede imaginar hoy en día una utilización de las biotecnologías que no tengan en cuenta las condiciones culturales de su aplicación? ¿Se puede concebir una ciencia que se desentienda de la educación científica o de los conocimientos locales? ¿Se puede pensar en una cultura que descuide la transmisión educativa y las nuevas

formas de conocimiento? Como quiera que sea, la noción de conocimiento es un elemento central de todas esas mutaciones. En nuestros días se admite que el conocimiento se ha convertido en objeto de inmensos desafíos económicos, políticos y culturales hasta tal punto que las sociedades cuyos contornos empezamos a vislumbrar, bien pueden calificarse de sociedades del conocimiento... Por otra parte ¿Qué debemos hacer ante los desequilibrios que existen en el acceso al conocimiento y ante los obstáculos que se oponen a ese acceso, tanto a nivel local como mundial? Estos son algunos de los interrogantes a los que trata de aportar respuestas éticas y prácticas este primer Informe Mundial de la UNESCO, al que guía una sólida convicción: las sociedades emergentes no pueden contentarse con ser meros componentes de una sociedad mundial de la información y tendrán que ser sociedades en las que se comparte el conocimiento, a fin de que sigan siendo propicias al desarrollo del ser humano y de la vida».

Bella propuesta sin duda, pero que poco se ha hecho en la práctica para lograr esos fines que no pasan de ser declaraciones de buena fe, pero formuladas por organismos que en la realidad de la vida cotidiana tienen un escaso poder decisorio, convirtiéndose en foros a los que asiste una intelectualidad de mucho nivel, una burocracia bien cimentada que se reúne, habla y firma declaraciones que casi nadie lee y por tanto se da la paradoja de que tratan del tema de la sociedad del conocimiento y casi nadie conoce lo que ellos plantean. Tiene una audiencia infinitamente mayor la final de la Eurocopa de Fútbol que la declaración final de esa reunión de la Unesco ¿Y eso por qué? Porque la transmisión de la información está más interesada en la publicidad del juego que en la prácticamente ninguna que generaría la reunión de la Unesco, y eso nos apunta de nuevo a que los intereses de las grandes multinacionales son las que en definitiva marcan el paso de hacia donde se dirige lo que ellos llaman el desarrollo.



El arte ¿Qué cosa es el arte? Voy a utilizar una definición tomada de Internet, de una de las herramientas que ejemplifican la sociedad del conocimiento, que es Wikipedia:

«Se le llama arte a las creaciones mediante las cuales el ser humano expresa una visión sensible en torno al mundo que lo rodea, sea este real o imaginario. El arte usualmente expresa ideas o emociones a través de recursos plásticos, lingüísticos o sonoros. El arte expresa percepciones y sensaciones que tienen los seres humanos que no son explicables de otro modo. Se considera que con la aparición del homo sapiens, el arte tuvo en un principio una función ritual, mágico-religiosa, pero esta función cambió a través del tiempo. La noción de arte es hoy sujeta a profundas polémicas. Esto debido a que el significado de la palabra «arte» varía según la cultura, la época, el movimiento, o el grupo de personas para las cuales el término es productor de sentido.»

Una definición es tan buena como cualquiera otra, simplemente se trata de entrar en un primer contacto con algo, en este caso con un campo del conocimiento, la sensibilidad frente al mundo y la creatividad, y si tomamos ésta que encontramos en la red, nos dice que el arte es una creación a través de la cual «el ser humano expresa una visión sensible del mundo». Cuando el mundo es simple y sencillo, esa visión se expresa en el relato que se hace al final del día, al calor de un fuego, cuando se transmiten a los miembros del grupo social las experiencias de la jornada o se cuentan las historias míticas de la creación del universo y de los hombres; también encontramos esa expresión en los cantos para celebrar la expedición de caza o la victoria en la guerra, y también podríamos encontrarlos en aquellos otros que lloran la pérdida de los seres queridos. Y esto no es precisamente una visión de la prehistoria, pues muchas sociedades, hoy en día, viven a ese nivel, en las pequeñas poblaciones y en los inmensos campos de todo el tercer mundo.

Hace mucho tiempo, antes de la historia, algún ser humano dibujó sobre la piedra desnuda la fuerza y la gracia de los bisontes, o simplemente escupió un poco de pintura sobre su mano posada sobre la roca y dejó constancia de su propia existencia. Porque una de las funciones del arte es dejar constancia de que existimos, pensamos, sentimos y podemos expresarlo, compartirlo con los otros, en un nivel de la comunicación que conmueva las fibras más profundas que puede alcanzar la humanidad.

En esas sociedades simples, prehistóricas, es posible que la comprensión general de esos cantos, relatos y figuras pintadas fuera accesible a todos; la obra podía ser incluso colectiva, sin autor individual y el pintor en la noche era cazador o labrador en el día, el cantante de la ronda en la celebración de la guerra era otro más de los guerreros, o cantaban todos al unísono, y también lo hacían las mujeres en los juegos funerarios, llorando acompasadamente, con un conocimiento transmitido de generación en generación a través de los siglos y que perdura hasta hoy, al menos entre nosotros en algunos de los palenques que todavía existen, en los cuales el oficio de plañidera lo llevan a cabo algunas ancianas que cada vez tienen menos posibilidad de legar su oficio de cantarle a la muerte porque las nuevas generaciones están más interesadas en aquellas otras manifestaciones de la cultura que les llegan por los medios masivos de comunicación, publicidad incluida, que hacen ver a la anciana más vieja de lo que es y a su oficio como algo que debe ser condenado al olvido.

Las sociedades de tribus nómadas de recolectores y cazadores dieron paso a las aldeas estables de agricultores y de éstos a su vez surgieron las ciudades, los reinos y los imperios y con esos nuevos tipos de sociedad surgió la necesidad de especializar los oficios. Ya no cantaban todos en el ritual religioso o en la celebración cívica o incluso en la fiesta, el cantor se fue especializando, al igual que el narrador de historias se convirtió en el Aedo que recitaba sus versos en los banquetes

señoriales y aquel que tallaba un bastón de mando con una cuchilla de pedernal mientras escuchaba las historias que otros le contaban, le dio paso al escultor que desempeñaba su oficio en el taller especializado, utilizando herramientas específicas de su oficio. Todos y cada uno comenzaron a necesitar largos años de práctica para dominar aquella forma de expresión que su sociedad les demandaba, ya fuera como ornato de la ciudad o de la casa, o simplemente de la vida; de cuando en vez surgiría algún espontáneo lanzándose al ruedo al calor de la fiesta, pero ya un cierto número de actividades comenzaron a llamarse con el nombre de arte, empleado como dominio de un oficio.

Estos artistas artesanos dominaron la escena durante mucho tiempo, y si hemos de afincarnos en nuestra propia cultura, llegaron a construir, a finales de la Edad Media, los espacios espléndidos de las catedrales del Gótico y en ellas, como en las de los siglos anteriores, plasmaron su imagen sensible del imaginario religioso popular, con su profusión de demonios y monstruos de toda clase y representaron lo sobrehumano mediante figuras que tenían más de símbolo que de realidad perceptible, pues esa era su búsqueda, representar su mundo interior, que era para ellos más importante que la naturaleza en la cual estaban inscritos. Todos tenían que pasar por un largo período de aprendizaje en un taller aprobado por los gremios del oficio, rendir exámenes y someterse a las reglas vigentes en cada ciudad o en cada reino. Y ya eran muy pocos, si vamos a comparar su número con el total de ciudadanos con los cuales compartían el espacio de la aldea o de la ciudad, y quizás no todos comprendieran su labor, al menos en cuanto al resultado de la misma, y así, al campesino habría que explicarle el significado de la imagen, al artesano de la lana habría que leerle aquello que necesitaba conocer porque quizá no sabía leerlo por sí mismo y los libros serían para él tan extraños como si se tratara de asuntos de otro mundo, difíciles e incomprensibles; tal vez el canto gregoriano en los helados recintos de las catedrales le fuera más cercano, no porque pudiera comprender el texto sino porque podía dejarse llevar por la suave

melodía que más tarde podía utilizar para cantar mientras cardaba la lana y agregándole un poco de tambor podría usarla en el baile de la primavera. Llegó Giotto y le mostró al mundo y a los pintores que se podía representar el espacio y la luz y que era importante que las figuras en el cuadro tuvieran emociones perceptibles y similares a las que tenemos todos en cualquier ocasión. Las esculturas comenzaron a tener cuerpo y movimiento, las telas de los vestidos se mecían con la brisa que las golpeaba suavemente y del canto litúrgico a una voz se pasó a las complicadas polifonías y del registro medio del barítono se dio paso a los registros extremos de las voces, cantaron incluso las mujeres y aparecieron extraños instrumentos, algunos de ellos provenientes de los lejanos desiertos del norte del África y del Asia Menor, llegados a Europa en el equipaje de aquellos que regresaban de las cruzadas.

Después de Giotto, Masaccio; después de Masaccio, Andrea del Verrochio, Los Pollaiuolo y Filippo Lippi, y después de estos tres, Leonardo, Miguel Ángel y Rafael, y de pronto el arte de la pintura y la escultura ya no era asunto de artesanos sino cosa de artistas y de genios, y estos últimos nombrados, solamente en Italia, pero también surgieron por todas partes, en Francia que estaba formándose, en el mundo flamenco, en los principados alemanes, y en muchos otros lugares. Era como si de pronto se hubiera sentido la necesidad de representar al mundo tal como podían verlo. Y aparecieron León Battista Alberti, Brunelleschi, Bramante, Andrea Paladio, y ya el asunto de construir no era de maestros constructores sino de arquitectos. Hizo su entrada en escena Donatello, luego Miguel Ángel y finalmente Bernini y la escultura solo estuvo al alcance de unos pocos que eran señalados como favorecidos por los dioses y, por último, los narradores de cuentos le cedieron el oficio de contar la vida a Dante, Petrarca, Shakespeare y las canciones de amor de los trovadores le dieron paso a los complejos libretos de las óperas mientras los tañedores de laúd o de flautas de caña les entregaron su oficio de hacer música a

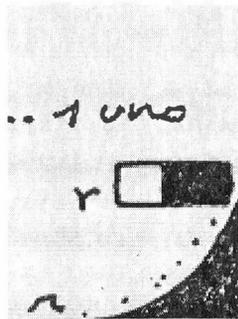
los intérpretes del violín, el clave y el órgano de tubos. Ya no valía tanto improvisar canciones mientras se apacentaba el rebaño, ahora era preciso estudiar la métrica, la escritura y transcribir los sonidos a espesos y complicados signos que solo unos cuantos podían comprender.

El arte, como lo comprendemos hoy, había nacido y lo hacía para quedarse, no sé si por siempre, pero al menos sí hasta el día de hoy. Y su apreciación, la capacidad para comprender, por ejemplo, el profundo significado de *La Mona Lisa* de Leonardo, requeriría siglos de reflexión por parte de centenares de especialistas, y con el correr de los tiempos, solo un grupo cada vez más reducido de la sociedad humana tuvo a su alcance el significado del mensaje del *Concierto Emperador* de Beethoven; y muchísimos menos pudieron

comprender el mensaje del *Trigal con Cuervos* de van Gogh, las representaciones de la *Catedral de Ruan* o la *Estación de san Lázaro* de Claude Monet. La revolución del arte en casi todas sus manifestaciones se hizo cada vez más evidente del siglo XVII en adelante, el Renacimiento había incursionado en la búsqueda de una representación fiel de la naturaleza y el barroco se dirigió hacia una representación individual del artista que involucraba en su obra su propio estado mental, su particular manera de percibir el mundo y de sentirlo. Ese tipo de búsqueda en el arte se fue haciendo cada vez más atrevido y ya hacia el siglo XIX el artista creador y el público estaban distanciándose poco a poco, lo que era más evidente en la pintura que en otro tipo de lenguajes estéticos. La posibilidad de comprender el sentido de las obras se hizo más y más difícil, ahora era necesario acudir a las academias de arte, conocer la historia, los artistas y sus obras, frecuentar las exposiciones y conciertos, entrar con cotidianidad a las bibliotecas, comprar libros, leer a Balzac, a Rimbaud, a Walt Whitman, hablar la lengua materna y poder incursionar además en el francés, el inglés, algunas veces en el latín, que

era la lengua de los textos literarios y científicos que iban posicionándose de la escena.

El arte hacía su aparición, reconocido con ese nombre, como aquella actividad creativa que era propia de seres especiales, que comenzaban a ser admirados por todos los círculos sociales. Habían dejado atrás las épocas en las cuales eran oscuros artesanos, provenientes de los sectores más bajos de la población y con una valoración social similar a la de los carniceros, zapateros, sastres y en general, a la de todos aquellos que producían o fabricaban algo. Del taller agremiado, en el cual se marcaban las pautas de cómo se debía pintar, dorar y esculpir, se dio paso a la posibilidad de que el pintor o el escultor crearan estilos individuales, expresando mediante sus obras una manera particular de representar las cosas e involucrando en esas representaciones todo tipo de



posibles interpretaciones mediante las cuales se atrevían a ser, por ejemplo, críticos de la sociedad de su tiempo. Los mecenas, que por siglos habían decidido qué tipo de obra se llevaría a cabo, lentamente terminaron por aceptar que no eran ellos, sino el artista creador, quien definía el tema, los motivos, la composición y la técnica a emplear. Lógicamente, esa autonomía de los artistas los llevó a explorar una infinidad de posibilidades y ya nadie se resignó a copiar a los demás, sin importar lo excelentes que pudieran ser como maestros. Todo esto es revolucionario, creó nuevas estéticas pero la comprensión de las obras estaba al alcance de cada vez menos personas.

Llegó el siglo XX y con él las hecatombes, las dos guerras mundiales con toda su carga de horror, el desencanto de una intelectualidad con buena parte de los augurios de la modernidad, pues al fin se había hecho real la premonición de Goya de que la racionalidad produce monstruos, lo que es particularmente cierto cuando no está ayudada en la comprensión del mundo por la sensibilidad que aportan el humanismo y el arte, esa extraña forma de comprender el mundo y expresarlo. Se

suponía que el nuevo siglo, con los adelantos en las comunicaciones y los transportes, con el surgimiento de la industria, abría también mayores espacios para la educación y la cultura, y efectivamente lo fue; nunca antes en la historia humana existieron tantas escuelas, colegios, institutos, academias, universidades, y tantos estudiantes en ellas, aprendiendo acerca de cosas que la humanidad ni siquiera podía imaginar apenas cien o doscientos años antes. Y obviamente, nunca antes en la historia humana tantas personas dedicaron su vida al estudio, la investigación y la docencia y nunca antes se invirtió tanto dinero en la investigación fundamental y el científico pasó de ser el oscuro alquimista mezclando elementos en sus retortas buscando el huevo filosofal, a ser uno más en un equipo de miles, tomando parte en proyectos tan extraños como el Manhattan, que buscaba métodos avanzados para destruir la humanidad y la civilización, el Proyecto Apolo de la Nasa, buscando llegar a los confines del universo o el Proyecto Genoma, intentando leer el libro de instrucciones para construir un ser humano.

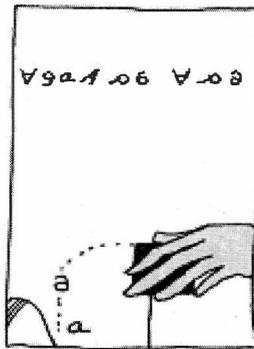
¿Y el arte?, ¿Dónde quedaron el arte y los artistas? ¿Qué pasó con sus obras? ¿Qué público tuvieron? Buenas preguntas. Comenzando el siglo Pablo Picasso pintó las *Señoritas de Avignon*, Igor Stravinski compuso sus ballets para la compañía de Sergei Diaghilev, los escritores del surrealismo escribieron sus *Cadáveres Exquisitos*. Y casi nadie comprendió lo que estaban haciendo. El arte continuaba siendo ese medio de expresión a través del cual la sensibilidad del creador comunica lo que percibe del mundo que lo rodea y de su propio mundo interior; pero había un problema, era ya un lenguaje muy sofisticado, que requería una preparación especial, literalmente, toda la vida dedicada al estudio y la investigación como el único medio para comprender ese lenguaje complejo y lleno de significados, pero vertido a idiomas que solo podía comprender una parte mínima de la humanidad. El resultado fue la ruptura entre el artista y su arte, de una parte, y

el gran público, de otra, y como siempre sucede, surgieron opciones.

La primera opción fue el arte popular. Si las sinfonías se habían tornado demasiado complejas con compositores como Bruckner, Richard Strauss, por mencionar unos pocos, o la sonoridad resultaba extraña como pasó con las obras de Alban Berg y sus compañeros de la segunda escuela de Viena, entonces apareció el jazz y su sonido se reprodujo hasta el infinito por las ondas de radio, el cine y los aparatos tocadiscos, y del jazz, en sus muchas variantes se pasó al Rock & Roll y surgieron las generaciones del Rock, del Pop, y de una gran cantidad de estilos, todos agradables al oído (o casi todos), con letras simples y sencillas, hablando de asuntos de la vida diaria, con música igualmente simple y sencilla ejecutada por pequeños grupos de tres o cuatro instrumentos.

A las señoritas de Avignon le siguieron los surrealistas, un poco extraños para la mayoría, con temas que se salían de la realidad cotidiana, pero que al menos eran figurativos y podían diferenciarse los objetos y las personas allí representados, cosa distinta al cubismo, que pocos sabían si estaba al derecho o al revés. Y quienes creían haberlo visto todo se encontraron con el abstraccionismo de Kandinsky y definitivamente decidieron volver la mirada a otra parte, de manera que nunca supieron que se podía llegar aún más lejos, como en el abstraccionismo abstracto de Jackson Pollock. Otros tuvieron más fortuna con el Pop de Andy Warhol y sus seguidores, al menos eran reconocibles las latas de sopa y las imágenes de Marilyn Monroe y de Elvis Presley, pero rápidamente perdieron el interés cuando llegaron a la escena las instalaciones y resultaba complicado entender que un objeto cualquiera, producido en serie, por el solo hecho de ser señalado por el artista había adquirido una connotación especial. No sabían, claro está, que Marcel Duchamp, años antes, había señalado a un orinal, una rueda de bicicleta y un botellero, comunes y corrientes, como obras de arte, de haberlo sabido, habrían abandonado la sala de exposiciones dando un portazo.

Mientras todo esto ocurría, se podían hacer algunas reflexiones: ¿qué tipo de arte puede hacer una sociedad rica y con un estándar de vida alto, con acceso a buena educación, con la posibilidad de asistir a eventos culturales de alto nivel? Y al mismo tiempo: ¿qué tipo de arte puede hacer una sociedad pobre, con estándares de vida bajos, con pocas posibilidades de recibir una educación de calidad y sin que en su medio se presenten con regularidad eventos culturales de alto nivel? En la práctica cotidiana se presentaba una brecha evidente, los ricos al arte y los pobres a la artesanía. El artesano domina la tecnología de construcción de objetos que hacen parte de la cultura material popular de sus sociedades, construcción que repite sin cambios a través de toda su vida, y no pueden esperar y por lo general no obtienen, buena retribución económica y social por su trabajo, pues el producto artesanal por lo general es anónimo, con lo cual no se recibe el beneficio que da el tener un nombre de gran fama y notoriedad, no tiene acceso a las grandes cadenas de distribución, no subasta en escenarios abarrotados de millonarios y diletantes. El artista, mientras tanto, está siempre, o debe estarlo, involucrado en la búsqueda de nuevos lenguajes estéticos, solo que en las sociedades pobres las opciones que tiene de poder vivir de su arte son bastante difíciles de obtener, pues hay pocos compradores y la misma condición de pobreza general hace que su labor no sea muy apreciada; cuando un hijo decide dedicarle su vida al arte, se le auguran tiempos difíciles, de hambre y necesidades y se le aconseja que mejor se dedique a otra actividad que al menos le permita sobrevivir con algo de dignidad.



En tanto, artesanos y artistas, en este convulsionado siglo cuyas repercusiones aún sentimos, buscaban ser reconocidos, tener la oportunidad de que su obra fuera vista y escuchada por otros, tener la posibilidad de comunicarse con los demás, enfrentándose al

hecho de que el crecimiento de las poblaciones, sobre todo en el sector urbano, hacía que en medio de inmensas multitudes, la posibilidad de ese reconocimiento fuera cada vez más difícil, en un mundo que se había vuelto demasiado agitado, colmado de personas que van y vienen a toda velocidad, todos ocupados con múltiples trabajos, asediados por la necesidad de afrontar costos cada vez más altos para simplemente sobrevivir y teniendo en sus pocos momentos de libertad el acoso de una publicidad que obliga a los ciudadanos corrientes, que somos todos, a seguir en la carrera para que podamos comprar toda clase de cosas cuya utilidad está por verse, en ese barullo que no cesa nunca, poco espacio está disponible para el arte y poco tiempo queda

libre para dejar a un lado la angustia existencial que provoca el estrés continuo, la necesidad apremiante de estar pendiente del salario escaso y la ganancia esquiva. El artista mismo entraba al negocio del arte por medio de las galerías y las casas de subasta, que comenzaron a vender cuadros, esculturas, grabados, joyas y cuanto cosa pudiera utilizarse como símbolo de poder económico y de posición

social elitista, todo ello por precios de fábula. El arte alcanzaba la categoría de inversión económica capaz de proteger contra los avatares de los mercados y se comenzó a cotizar a la par del dólar, el euro, el barril de petróleo o las compras de futuros en las bolsas de valores de New York, Hong Kong, y otras grandes capitales financieras. El artesano exhibía su producto en pequeñas ferias de pueblo, en franca desventaja con el producto industrial, masivo, publicitado, ofertado por grandes cadenas de tiendas que poco a poco se iban convirtiendo en los lugares preferidos para pasar el poco tiempo libre disponible. En esos espacios, el artesano no tiene cabida y solo le quedan esas ferias ocasionales y la posibilidad de no vender lo suficiente para pagar siquiera los gastos de viaje o instalación del puesto provisional de exhibición de sus trabajos.

Pero todo era y es un poco como un espejismo, en el campo del arte son muy pocos los artistas cuyas obras llegan a ese nivel de precios que alcanzan los grandes maestros, la mayoría de los cuales ya están muertos hace tiempo y aquellas obras por las cuales recibieron apenas unas monedas son compradas hoy por millones de dólares y los compradores no son necesariamente amantes del arte, pueden ser simplemente multinacionales interesadas en proteger un capital.

Todos aquellos que no alcanzan la fama y la notoriedad, o como se dice, sus 15 minutos de fama, se debaten en medio del vivir a debe, del desconocimiento general hacia su obra y de una dosis de frustración que crece continuamente. El público, ante la ignorancia que es generalizada, el desinterés por estos temas y el costo escandaloso del arte, compra reproducciones de obras que son íconos de la cultura, y con ellos adorna las paredes de su casa o de sus oficinas, o simplemente, cuando el dinero no da para tanto, cuelga almanagues, fotografías familiares o imágenes religiosas de yeso o de plástico, todo ello con valor en una antropología cultural pero con una carga estética casi inexistente. De hecho, para el gran público, el objeto de adoración moderna es la pantalla del televisor que les permite escuchar y ver noticias filtradas por los intereses de los dueños de los medios, eventos deportivos, series noveladas de calidad ínfima y programas de concurso con contenidos que apenas limitan con la imbecilidad.

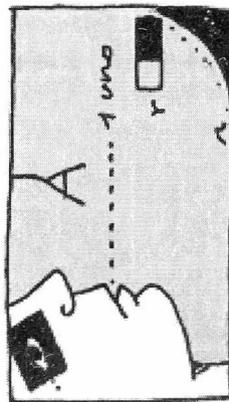
El arte, por lo tanto, se vuelve ajeno a la gran mayoría silenciosa que no tiene espacio sino para sobrevivir en medio de infinitas dificultades. Cuando el tiempo debe emplearse en la consecución de la comida de cada día, poco espacio queda para visitar museos o galerías y cuando hay que abandonar la escuela en la primaria o en los primeros años del bachillerato no se tiene el bagaje cultural para leer artículos especializados

o para visitar las bibliotecas y tomar en préstamo algún libro, probablemente escrito empleando un tipo de lenguaje que tenga como función principal hacer un alarde de conocimientos, considerando como uno de sus objetivos que muy pocos lo entiendan. Ese bajo nivel de educación a duras penas alcanza para leer la página deportiva de los diarios, eso cuando hay dinero para comprarlos; de hecho, resulta más fácil encender la radio y escuchar horas de perorata insulsa sobre traspaso de jugadores o polémicas interminables acerca de si un árbitro sancionó adecuadamente o no, alguna falta.

Mientras la vida transcurre en ese agite continuo, en un ir y venir sin pausa de un lugar a otro, pendientes de la hora y del minuto, el arte, que es herencia de la humanidad, permanece guardado en galerías y museos con acceso a muy poco público, buena parte del cual es una fila de turistas, cámara al cuello, que desean dejar constancia de su paso por lugares que la guía de viajes le indica como de necesaria visita, de mirada rápida, pues hay que salir de inmediato a continuar un recorrido a vista de pájaro de monumento en monumento, todo ello adobado por

la indicación memorizada de un guía que trabaja como un autómatas repitiendo un discurso que sabe de memoria y que continuará recitando hasta que encuentre un trabajo mejor pagado. En los países pobres, cuando hay museos, permanecen por lo general vacíos, pues pocas obras de renombre pueden adquirir que sirvan como ganchos publicitarios y no son muchos los turistas que llegan por esos rumbos.

Si esto es cierto, ¿Qué puede hacerse para que el arte y los artistas se involucren con su trabajo en la construcción de esa sociedad del conocimiento? Creo yo que si se involucran en los procesos que vive su sociedad, si la «retratan» utilizando toda su capacidad creativa, no solo pensando en la estética y la técnica o en deslumbrar a galeristas y



compradores con dinero, sino buscando crear conciencia social, poniendo sobre la tela los problemas del mundo, entonces habrá muchas miradas que se dirijan a su obra. Hay mucho trabajo por hacer para los creadores del teatro, el cine, la TV, la Internet y la publicidad, podrían poner en escena los problemas álgidos que nos azotan, con calidad, creatividad, sensibilidad e inteligencia. Músicos, pintores y escultores podrían también usar su talento, los nuevos materiales a su disposición, las nuevas técnicas, para lo que se ha llamado un «arte calle», algo que esté a la luz, fuera de la oscuridad de las solitarias salas de exhibición.

El escenario del arte en la sociedad del conocimiento debe tener dos espacios, el primero es la ciudad, el espacio público, el parque y la plaza, la calle, la alameda, y la sociedad de la Web, la Internet, los medios de comunicación, todo lo cual conforma unos espacios tanto reales como virtuales en los cuales lo estético pueda ser apreciado, conversado, discutido por el transeúnte que acierte a pasar por allí, y si no habla ni discute, al menos el vivir en un espacio que tenga esa oferta cultural le permitirá educarse por medido de algo que podría ser semejante a la ósmosis, pues un bello espacio educa en formas, uso de materiales, colores y significados, y no solo es el espacio público de la calle sino el espacio de edificios administrativos y de negocios, centros de comercio, escuelas, colegios, universidades, estadios deportivos, por mencionar solo unos cuantos. El artista ya no debe trabajar para mecenas encerrados en sus torres de marfil o para casas de subasta a las que asiste el jet set. El artista debe trabajar para la gente y eso significa un compromiso ético que se debe tomar conscientemente, al igual que deben hacerlo las instituciones públicas y privadas, que de sus presupuestos, sean éstos pequeños, medianos o gigantescos, deben destinar una parte para que aquello que construyen y habitan sea un lugar de bienvenida para el arte en todas sus manifestaciones, y no como una forma de hacerle el quite a los impuestos sino como una decisión

pensada y calculada que tenga como función la elevación del nivel cultural y de la capacidad de apreciación estética de la población. El segundo espacio es el sistema educativo en lo que corresponde a los programas de estudio, que deberían acercar a los estudiantes de todos los niveles, desde el preescolar hasta los postgrados, a los procesos creativos del arte y a su apreciación como una parte importante de su formación integral como seres humanos responsables con ellos mismos, sus familias, su sociedad y por lo tanto como personas capaces de recibir la herencia cultural de la historia humana, protegerla, divulgarla e incrementarla si es posible, en un tipo de formación que consiste en saber valorar esa herencia e incorporarla a su acervo personal, todo ello como la única vía que se puede tomar para que no se pierda en la indiferencia y el olvido. Hay que vencer el escepticismo frente a estos temas, quitarles su apariencia de tabú reservado solo a unos cuantos elegidos y convertirlos en algo cotidiano, que haga parte del proceso formativo del ser humano a todo nivel.

Entre nosotros, quienes tienen la posibilidad de acceder a la educación tendrían entonces la posibilidad de acercarse al arte como una manera de mirar el mundo, y quienes no tienen esa posibilidad, pues su condición socioeconómica no se los permite, pueden tener entonces el espacio público como un espacio educador y no solo en los aspectos que tengan relación con el arte y la estética sino con la civilidad, el orden y el respeto, elementos éstos tan difíciles de conseguir en sociedades construidas sobre una base de injusticia social crónica, ante la mirada indiferente de una élite en el poder que solo busca mantener o aumentar sus privilegios.

El papel del arte en la sociedad del conocimiento debe ser por lo tanto el de educador de la sensibilidad estética de una población, para darle al menos otra opción distinta al consumo del entretenimiento insulso que le proponen las multinacionales de la información y del entretenimiento. Sería utópico pensar que la

fórmula mágica de pan y circo deje de ser utilizada, aunque en sociedades como la nuestra, el pan es escaso y el circo abunda actuando como adormecedor de las conciencias. La información, en buena parte, hace parte del espectáculo diario mientras el conocimiento es esquivo, escondido en laboratorios, bibliotecas y museos, para privilegio de unos pocos. Sacar el arte de sus oscuros salones, reproducirlo, explicarlo y exhibirlo en el espacio público es un camino posible y darle importancia en el sistema educativo público y privado a todos los niveles es otra buena posibilidad de que el artista se involucre en la educación de su sociedad, elevando su nivel de conciencia estética, mostrándole otros lenguajes, otras simbologías, incrementando su posibilidad de comprender mensajes sutiles y sofisticados o simplemente brindando un poco de paz entre tanto ruido y un momento de quietud en medio de la velocidad del mundo que nos correspondió vivir.